



Xavier Pousa, el pintor poeta

(Notas de una exposición)

Estos días cuelga otra vez sus cuadros ante sus convecinos vigueses el goyanés Xavier Pousa. No sabemos qué dirá la crítica, aunque cabe suponerlo. Pero ya se le adelantó el público al irrumpir masivamente en la sala el día de la apertura, desde los primeros hasta los últimos minutos del horario canónico, y sobre todo, al apresurarse a consignar el “adquirido” con tan entusiasta abundancia, como insólita agilidad.

Porque fueron muchos los espabilados que aún en la mañana inaugural, entre la dudosa luz del día (las dos horas de adelanto horario oficial, nos libran de exageración), clavaban el cartelito aprovechando el descuido confiado de la matutina puesta a punto. Mientras el pintor arranaxaba con ese último toque paternal, la colocación de sus hijos del alma (porque del alma llegan y un pedazo del alma se va con cada uno cuando se los llevan) iban los cazadores del color y la bruma —esos “locos de hoy”, que diría Rubén — clavando alfileres de coleccionista en la libélula polícroma de la nube rosada, el perfil morado de la lejana montaña, la plata ondulada del Miño... Un robo legal con agravante de madruguidad y desprecio de ambos sexos (porque detrás de un comprador hay siempre una compradora) perpetrado en las mismas barbas —¡y qué barbas!— de, autor, entre sorprendido y emocionado.

Robo que se denuncia aquí no con severidad fiscal y ademanes forenses, sino con cómplice benevolencia para noticia histórica, digna de un estudio con ribetes de ensayo, sobre lo que podríamos llamar fenómeno socio-cultural moderno.

(Merece la pena, ante esta y otras muchas muestras de parecido linaje ofrecidas en estos últimos años en exposiciones, conciertos, conferencias, etc., pararse un momento a estudiar las motivaciones y los cauces de esa masificación social de la sensibilidad cultural y artística, por lo que significa, como transfondo de un movimiento perceptible en todos los ámbitos del acontecer actual. No se trata de un hecho condicionado al poder económico de los que compran, ni al fácil y gratuito acceso de los que acuden. Se trata de que todos saben a dónde van y por qué van. Y conocen lo que ven y lo que oyen. Y callan o hablan, critican, sonríen o gritan, pero saben también por qué. Es decir, una faceta más mínima de lo que esta vez sí hay que llamar concienciación ¿Cómo y por qué llegó al pueblo esta nota de conciencia, también en el ámbito cultural?).

Pero no vamos a continuar por el camino de la sociología política.

Basta con apuntar el dato sin pedirle perdón a Pousa por el largo paréntesis que él no dejaría de apoyar y quizá dejar aclarado con uno de sus recuerdos “Unha vez o sacristán das Eiras díxolle ao monaguillo: “Mira,



rapás; sin liberdade non hai cultura. Así que te deixo en liberdade pra ir a escola. Apaga as velas e vaite”.

Es hora de que digamos algo de Pousa (del que habrá aún mucho que hablar) y no de los artistas nuestros que ocupan ya un lugar luminoso en la titilante constelación de esa galaxia eterna y renovada, giróscopo constante, vientre grávido, que deja en cada aldea o villa gallega, de tiempo en tiempo, su polen de estrellas, fecundado en la conjunción con el viento del momento, con el aura del día, con la brisa del mar, o con el silencio de la rúa. Y a poco clama, llora, grita o denuncia un poema, un pintor, un escultor y músico, un político. Y muere quizá. O grana y llega en su madurez a veces precoz, a veces serodia, a una plenitud total, intensa y transferente, como esta de nuestro Xavier Pousa de hoy que dice, en cada pincelada, sin eufemismos, ni metáforas, ni distorsiones, pero sí con estructuralismo difícil —aunque transformado magistralmente en fácil apariencia— cuál es el color y el calor de cada hora en el agro y en el río. Y cómo los pasos del hombre fueron puliendo la escalera aldeana. Y cómo la gota de rocío se desprendió de la parra y el liquen se abrazó al roble año tras año. Esa entraña de la tierra que penetra en el alma y que no se percibió antes de que el pintor, el artista, la dejara allí en la hierba húmeda, en la corteza, en la piedra antigua, impresa para siempre... y también la bicicleta, desteñida su azul, que dejaron los

niños arrinconada al lado de la cuadra, donde sin duda todas las mañanas muge la vaca fecunda y triste de tanto parir. Que esa es la tierra gallega. Y cada lienzo, una memoria. Y un verso.

Pousa lo siente para sí y lo presente para los demás, y se lo entrega, todo hecho luz. Como todos los poetas, porque, ¿hay más bella cantiga que una corredoira húmeda de orballo por donde en la amanecida aún transitan las lecheras?

Pousa, como todos los pintores de nuestro siglo, se fue de mozuelo a París. Y aún se alargó a la Europa Central. Se trajo de allá, también como todos, unos puntos del Sena con las agujas del Notre Dame al fondo. Y el recuerdo de una borrachera de cerveza en Munich. De Roma, toda la serena maestría de los siglos.

Pero ya llevaba en su alma, inmenso bagaje de la mínima maleta aldeana, todo el cantar. Después volvió y —claro— lo canta en gallego. En increíbles y transparentes, brumosas estrofas galaicas como esa “Mañán de xiada”, que él sintió de niño sobre sus espaldas tantos días de la inverniá miñota, camino de la escuela.

Darío Álvarez Blázquez
La Voz de Galicia, 20-5-76